

La recompensa del servicio

«El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos».

Marcos 10:45

Se acercaba el final del ministerio de Jesús. Durante más de tres años, el Maestro había estado llamando a sus discípulos y enseñándoles. Ellos habían llegado a reconocerlo como el Mesías, el heredero de todas las promesas de Dios, aquel por medio del cual se establecería el reino mesiánico, que bendeciría a todas las familias de la humanidad, tanto a los muertos como a los vivos. Génesis 22:18; Gálatas 3:8

El Maestro les había asegurado especialmente que, si eran fieles, se sentarían con él en su trono (Mateo 19:28). Sin embargo, no les había dicho que su reino sería espiritual y que necesitarían el «cambio» de la «primera resurrección» antes de poder participar en él. (1 Corintios 15:51, 52; Apocalipsis 20:6). Aún no les había aclarado el hecho de que transcurriría toda una era antes de que pudieran participar en el reino y de que el reino mismo se estableciera entre los hombres. Sin embargo, había insinuado todo esto. Había dicho: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Pero cuando venga aquel, el espíritu de la verdad, ... os declarará las cosas que han de venir». Juan 16:12, 13

Sin embargo, Jesús comenzó a revelar a los discípulos una parte de las noticias que necesitaban

saber y apreciar, para que no se sintieran completamente abrumados y desanimados. Les dijo que iba a subir a Jerusalén, que sufriría muchas cosas y que lo matarían. Pedro, siempre valiente, esta vez se ganó una severa reprimenda. Intentó corregir al Maestro. «¡Nunca, Señor!», dijo. ¡Esto nunca te sucederá!». Pedro creía que Jesús era el Mesías de Israel y que estaba a punto de establecer su reino. Para él era inconcebible que el Señor fuera asesinado. Sin embargo, Jesús reprendió a Pedro diciendo: «Apártate de mí, Satanás; me eres tropiezo, porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres». Mateo 16:21-23

En esta misma lección, Jesús también incluyó la afirmación de que «resucitaría al tercer día» (Mateo 16:21). Sin embargo, como los discípulos no podían comprender la idea de que Jesús fuera a morir, estas palabras añadidas también debieron parecerles un «dicho oscuro» del Maestro, que les resultaba muy misterioso. Quizás también recordaban las palabras de Jesús en otra ocasión: «Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros» (Juan 6:53). Esta era otra afirmación difícil que no podían entender.

Hubo muchas ocasiones en las que los discípulos no pudieron comprender el significado de las palabras del Maestro; a menudo parecían tan diferentes de lo que esperaban. Hay que reconocer que tenían suficiente fe para seguir a Jesús, pero ¿cómo podían entender las palabras que él pronunciaba? No fue hasta después de Pentecostés cuando comprendieron plenamente la situación y lo que Jesús les había dicho (Hechos 2:1-4). Allí, el

Espíritu Santo comenzó a aclarar el designio divino: que los sufrimientos de Cristo, incluidos los miembros de su cuerpo, la iglesia, debían preceder a la revelación de las glorias del reino y al comienzo de las bendiciones para el mundo. 1 Pedro 1:11

A la derecha y a la izquierda

Otro de los Evangelios nos dice que la madre de Santiago y Juan vino con ellos y expresó su petición: «Concede que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu reino» (Mateo 20:20, 21). Creían que el momento de distribuir los honores del reino estaba muy cerca. No debemos suponer que estos dos queridos discípulos buscaban las posiciones más cercanas al Maestro simplemente por ambición. Más bien, creemos que amaban mucho al Señor y, por lo tanto, pensaban que podían apreciar más la cercanía a él que quizás algunos de los otros discípulos. De hecho, se les permitió acercarse más que a la mayoría de los doce. En varias ocasiones especiales, el Señor llevó consigo a los mismos Santiago y Juan, así como a Pedro. Estuvieron con él en el monte santo, en el despertar de la hija de Jairo y en el huerto de Getsemaní (Mateo 17:1-5; Lucas 8:41, 42, 49-56; Marcos 14:32-34). Eran discípulos leales a quienes el Señor amaba mucho.

Fijémonos bien en las palabras de Jesús. Él declaró que, aunque habría lugares de prominencia en su reino, no serían distribuidos por él mismo, sino por el Padre. Dijo: «Sentarse a mi derecha y a mi izquierda no es cosa mía, sino que será dado a aquellos para quienes mi Padre lo ha preparado». Mateo 20:23

El Padre es el representante de la justicia y la rectitud absolutas. Los puestos en la fase celestial del reino milenario, cualquiera que sea su forma, no se otorgarán por mero favoritismo, sino en función de la fidelidad y la cualificación, y todo será por gracia (Efesios 2:8). El Señor Jesús mismo ocupará el lugar más alto, porque es digno de ello. «Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza». (Apocalipsis 5:12). De hecho, el Padre ha dado a nuestro Señor honor y gran gloria, exaltándolo a su diestra. El clímax de la gloria de su reino llegará cuando la iglesia, el cuerpo de Cristo, se haya completado y todos los «llamados, elegidos y fieles» hayan recibido la «corona de la vida» prometida. Apocalipsis 17:14; 2:10

¿Qué reino se quiere decir?

Durante muchos siglos ha prevalecido la confusión entre los cristianos con respecto al reino del Mesías, tan frecuentemente mencionado por Jesús y los apóstoles. Sin embargo, al principio no había confusión, ni tampoco durante casi doscientos años después de la época de Jesús. La Iglesia primitiva entendía muy bien la promesa de que el Mesías vendría por segunda vez. Él recibiría a la iglesia en la gloria con él y establecería el reino del poder divino para gobernar el mundo y someter todas las cosas a la voluntad de Dios; y sabían que este reino mesiánico necesitaría mil años para cumplir su misión. Juan 14:2, 3; Mateo 25:31; Apocalipsis 20:6

Sin embargo, poco a poco surgió una teoría según la cual la iglesia en la tierra debía organizarse como el reino del Mesías y conquistar el mundo antes de la segunda venida de Jesús. Esta visión no bíblica

cambió todo el curso de la historia de la iglesia. Ya no se predicaba el Evangelio con el fin de llamar y perfeccionar a un «pequeño rebaño», que tendría oídos para oír y un corazón agradecido, para prepararlos para el honor y la gloria del reino. (Lucas 12:32). Más bien, el curso cambió drásticamente. A partir de entonces, el esfuerzo se centró en hacerse con el poder civil. Comenzaron las intrigas, se hicieron afirmaciones falsas y se intentó obtener el control de reyes y naciones. Se recurrió a las persecuciones y, en la medida de lo posible, se indujo y amenazó a los gobernantes civiles para que se estableciera el dominio mundial de la iglesia.

Durante un tiempo, estos esfuerzos prosperaron; pero desde principios del siglo XIX, la idea del dominio eclesiástico de la tierra ha desaparecido en su mayor parte. En la confusión resultante, muchos han perdido toda fe en el reino mesiánico, y pocos lo esperan en la segunda venida de Cristo. Perplejos, algunos discuten que el reino espiritual simplemente mora en los corazones de los creyentes. Otros creen que el reino de Cristo está ahora representado en los grandes gobiernos del mundo. Sin embargo, se confunden aún más cuando consideran por qué ciertas partes del reino del Mesías han construido grandes ejércitos para potencialmente guerrear contra otras partes del mismo reino o destruirlas.

El resultado de toda esta confusión ha sido que, para muchos que se profesan cristianos, las enseñanzas de la Biblia simplemente no parecen coherentes ni lógicas. De lo contrario, verían que Santiago, Juan y los demás apóstoles no podrían sentarse en «doce tronos» sin que existiera un reino

gobernante (Mateo 19:28). También verían que el reino aún debe ser futuro, en armonía con la oración del Señor: «Venga tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (Mateo 6:10). A medida que busquemos conocer y comprender más el plan de salvación de Dios, debemos estudiar la Biblia con reverencia y «escudriñar las Escrituras» diariamente. (Juan 5:39; Hechos 17:11). Al hacerlo, recibiremos grandes bendiciones y percibiremos que el glorioso reino del Mesías, aunque aún no se ha establecido en la tierra, está «cerca, a las puertas». Mateo 24:33

«¿Sois capaces?»

A los dos queridos discípulos y a su madre, que pidieron para ellos lugares especialmente cercanos al Maestro en el reino, Jesús les hizo saber que cualquier posición en el reino celestial requeriría el cumplimiento de ciertas condiciones. No bastaba con que hubieran sido llamados al discipulado. No bastaba con que lo hubieran abandonado todo para seguir al Señor, que hubieran estado con él, hubieran aprendido sus enseñanzas y las hubieran aceptado. Debía haber algo más; de lo contrario, no podrían entrar en la fase espiritual del reino.

El Maestro declaró estas condiciones diciendo: «¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?» (Mateo 20:22). ¿Qué quería decir? ¿Cuál era el significado del «cáliz» y del «bautismo» a los que se refería Jesús, que dijo que no solo se aplicaban a él mismo, sino también a aquellos que serían sus fieles seguidores?

Respondemos que la «copa» de Jesús era aquella a la que se refirió en otra ocasión, diciendo: «¿No beberé la copa que mi Padre me ha dado?» (Juan 18:11). En el designio divino, Dios ya había establecido que quienquiera que fuera investido con la gloria, el honor y el poder del reino mesiánico para la bendición del mundo, debía primero demostrar una fidelidad digna de ese honor y gloria. En el caso del propio Jesús, la copa significaba todas aquellas experiencias de servicio, ignominia, vergüenza, sacrificio y sufrimiento, que Él soportó fielmente durante los tres años y medio de su ministerio terrenal, y que cumplió plenamente en el Calvario cuando exclamó: «Todo está consumado» (Juan 19:30).

Como discípulos de Cristo, debemos seguir el ejemplo que él nos dio al pasar por experiencias similares a las suyas. Solo tendremos éxito en alcanzar la herencia conjunta con el Maestro en la gloria, el honor y el poder de su reino si primero demostramos lealtad y fidelidad con respecto al sufrimiento, el sacrificio y el servicio, mientras seguimos sus pasos. Romanos 8:17; 2 Timoteo 2:11, 12

Cuando Jesús habló del «bautismo con el que soy bautizado», se refería a su bautismo hasta la muerte sacrificial. Poco después volvió a hablar de ello, diciendo: «Tengo un bautismo del que debo ser bautizado, ¡y qué angustia tengo hasta que se cumpla!» (Lucas 12:50). El bautismo en agua del Maestro al comienzo de su ministerio fue simplemente un símbolo de su verdadero bautismo. Su descenso al agua, su entierro en ella y su resurrección de ella representaban su descenso a la

muerte sacrificial y su resurrección de ella. Su verdadero bautismo en la muerte progresó durante tres años y medio, desde el Jordán hasta el Calvario. Cuando clamó en la cruz: «Consumado es», quiso decir que su bautismo en la muerte había concluido. Al tercer día, fue levantado de esa condición de bautismo en la muerte por el poderoso poder del Padre, a su diestra, posición que ocupará para siempre. Efesios 1:19-22; Colosenses 3:1; Hebreos 1:1-3

Este fue el bautismo de Jesús. Significó la renuncia total a todos los derechos terrenales. Ahora preguntaba a sus queridos discípulos si estaban preparados y dispuestos a seguirlo hasta tal punto, a compartir su copa de servicio, sacrificio y sufrimiento, y su bautismo en la muerte (Romanos 6:3-5). Solo siguiéndolo fielmente podrían esperar tener parte en su reino celestial. El mismo principio se aplica a todos los seguidores de Jesús. Depende de cada uno de nosotros decidir si beberemos de su copa y si compartiremos su bautismo en la muerte. Solo los humildes y abnegados podrán o estarán dispuestos a vivir esa experiencia.

Al aplicar lo anterior a las opiniones que tantos tienen sobre el reino, podemos plantearnos estas preguntas. ¿Cómo podrían aplicarse esos sentimientos a los diversos reinos de la tierra? ¿Es necesario que los líderes de la tierra participen de los sufrimientos y el sacrificio de Cristo hasta la muerte antes de poder reinar? ¿Es a través de grandes dificultades que alguien logra ser miembro de las instituciones terrenales llamadas iglesia de Cristo? ¿Se requiere abnegación para entrar en ellas? ¿Están todos los que están en ellas

«sepultados» con Cristo en el bautismo, en su muerte? ¿Participan todos de sus sufrimientos? ¡Por supuesto que no! Solo una visión correcta del reino celestial encaja con estas diversas afirmaciones. Debemos ver que es la «perla de gran precio» que hay que obtener, por la que hay que sacrificar todo lo demás. Mateo 13:46

«Somos capaces»

En el relato de este incidente, los discípulos respondieron a Jesús: «Podemos», es decir, estaban dispuestos a beber de la copa del Maestro y participar de su bautismo (Mateo 20:22). No sabían claramente lo que todo esto significaba, pero eran capaces y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que Jesús les mandara. Así debe ser con todos los que, como esos fieles discípulos, serán «más que vencedores» y compartirán con el Redentor la gloria, el honor y la inmortalidad prometidos a los miembros de su «cuerpo», la iglesia. Romanos 8:37; 2:7; 1 Corintios 12:27

En el relato que estamos considerando, Jesús respondió a los discípulos: «Ciertamente beberéis mi copa, y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado» (Mateo 20:23). La disposición por su parte es todo lo que el Señor podía exigir razonablemente a sus discípulos. Ninguno de nosotros tiene el poder y la capacidad que poseía Jesús. Somos pecadores por naturaleza. Él era «santo, inocente, sin mancha y apartado de los pecadores» (Hebreos 7:26). Por lo tanto, solo podemos comprometer nuestra voluntad a hacer lo correcto. El Señor debe tomarnos bajo su cuidado y llevarnos a su escuela de aflicción y experiencia. Entonces nos dará las lecciones necesarias para

demostrar nuestra lealtad y fidelidad, incluso hasta la muerte. Qué misericordioso es que, debido a nuestra debilidad como miembros de la raza caída, Dios nos haya provisto en el Salvador de un «sumo sacerdote misericordioso y fiel» (Hebreos 2:17). Así, solo a través de Jesús podemos esperar alcanzar el reino celestial.

El siervo principal: el más honrado

Los demás apóstoles se indignaron de que Santiago y Juan, junto con su madre, hubieran hecho tal petición (Mateo 20:24). Sin embargo, el incidente le dio a Jesús la oportunidad de establecer las pautas que deben regir lo que constituirá la grandeza en el reino mesiánico. Quien sirva más a los demás, con humildad y amor, demostrará así a Dios una mayor aptitud para un lugar más elevado. (Gálatas 5:13). Esto es diferente, como dice Jesús, del curso normal de los acontecimientos, en el que el señorío no suele incluir el servicio a los demás, sino ser servido. Lucas 22:25, 26

La regla del reino será que el que más sirva tendrá el mayor honor. Jesús mismo es, por excelencia, un siervo por encima de todos los demás. Por lo tanto, su posición es la más alta en el reino por designación divina, y los demás se situarán a su lado en proporción a su espíritu de amor, servicio, obediencia y lealtad. A sus seguidores, el Maestro les dijo: «El que quiera servirme, que me siga, porque donde yo esté, allí estará también mi servidor. Y el Padre honrará a todo el que me sirva». Juan 12:26